

# MAMÁ, ¿POR QUÉ HAY COSAS?

*Silvano Borruso*

## 1. *Ex Ore Infantium*

Era mi intención redactar un texto sobre libertad de enseñanza, cuando en un canal You Tube, que trataba de otros asuntos, oí casualmente a una madre que refería cómo su hija de tres años le había hecho esa pregunta.

La madre no dijo si había contestado o no, ni cómo. Pero desde aquel momento la pregunta, de una profundidad metafísica insospechada en una criatura tan joven, actuó como una mecha de combustión lenta. Llegando al detonador hizo volar en pedazos todo el montaje de libertad de enseñanza, modelos escolares, tipos de instrucción, adoctrinamiento, textos, exámenes, etc. Preguntémoslo: ¿podría, el montaje, contestar a la niña?

Es evidente que no, y que es necesario profundizar.

## 2. Educación y escolaridad

Definir términos dirime confusiones, separaciones y reducciones indebidas en cualquier debate. Que educarse quiera decir frecuentar un centro escolar, o que haber frecuentado un centro escolar equivalga a ser una persona educada, no son proposiciones apodícticas; ambas requieren prueba.

Que la educación no tenga nada que ver con la escolaridad lo aclara Santo Tomás, definiendo la primera como «promoción de la prole hacia el estado perfecto del hombre en cuanto tal, o sea el estado de virtud» (1). Se centra en el desarrollo *moral*, no en la transmisión de saberes. Es más, asigna la responsabilidad del proceso *a los padres*, no a personal ajeno.

---

(1) SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. th.*, suppl., q. 41, a. 1

Aquí viene como anillo al dedo la programada generalización de la pornografía, que las tecnologías modernas acaban de poner al alcance de niños hasta de nueve años. Tanto padres como educadores profesionales se centran en cómo *impedir* que una tal lacra destruya la fibra moral de la juventud, a todas luces sin lograrlo.

Preguntémonos: si hay niñas de tres años que preguntan «¿por qué hay cosas?», por qué sorprenderse ante niños de nueve que se preguntan «¿por qué hay sexo?». La solución no es ocultar, o peor mentir con locuras de «género», sino alertar a los niños –de cualquier edad– que se topan con este material de que caer en una tal trampa conduce al fracaso escolar, y respaldar la advertencia con el ejemplo de que papá y mamá que *nunca* miran estas cosas.

Al crecer, se pueden añadir informaciones como la muerte prematura por excesos sexuales de personajes como el hijo de Napoleón, conocido como l' *Aiglon*, o la cantidad de sacerdotes que se pierden tras caer en la misma trampa, y cómo la misma pornografía no es sino el punto de partida hacia una carrera de asesinatos en serie, relatada en primera persona por un condenado a muerte por inyección letal minutos antes de ser ejecutado. Dicho de otra manera, las virtudes se pueden clasificar en un libro de texto, pero practicarlas requiere un agudo sentido del deber por parte *de los padres*, educadores primarios e insustituibles. La moda de la llamada «educación sexual» por otras personas conduce inevitablemente a una mayor corrupción, a la que padres sensatos tendrían que oponerse con uñas y dientes.

La transmisión de saberes puede ayudar a promover virtudes, siempre que responda a un *principio y método naturales*. El discurso es largo, pero vale la pena hacerlo.

Empecemos por el término «escuela». Es el vocablo griego *σχολή*, que quiere decir nada menos que «ocio creador» (*loisir, leisure*). Nos transporta con la imaginación a los jardines de Akademos, donde Platón impartía sabiduría a sus discípulos paseando.

Ocho siglos separan Platón de San Agustín. La unión de educación y escolaridad se desprende de su *De Ordine* del año 396. El joven Licencio, de dieciséis años, acaba de

descubrir la filosofía, enamorándose de ella. Junto a Agustín, a su hermano Navigio (que no interviene), al veterano del ejército romano Trigeccio, al amigo Alipio y a la madre Mónica, desarrollan un diálogo encantador sobre el orden, que acaba como teoría completa tanto de la educación como de la enseñanza.

En la antigüedad, las ideas que se tenían del desarrollo moral e intelectual humano eran muy distintas de lo que son hoy. En el *Fedro*, cuenta Platón que Hermes Trismegisto, inventor del arte de escribir, hace homenaje de su invención al rey egipcio Thamus. Sorprendentemente el rey, en vez de alabarle, le riñe. «Tu invención –dice– va a destruir la memoria de los que consignarán su sabiduría al papel escrito. Y si se pierde el papel, se perderán también los saberes ahí guardados».

No se le puede desmentir. Con la destrucción de Pérgamo, Biblos y Alejandría, se perdieron tesoros de saberes. Es también verdad lo que afirmara el rey acerca de la memoria. Había bardos homéricos capaces de almacenar cada uno *un millón* de versos. Nadie hoy se aproxima ni de lejos. Lo que tenemos, en cambio, es una cantidad tal de papel impreso en la que es muy difícil separar lo que vale la pena leer de lo que se puede pasar por alto. Según la misma tradición, Chesterton se admiraba ante los carteles al neón de Piccadilly: «¡Qué espectáculo más maravilloso para los que tienen la suerte de no saber leer!». Saber leer, entender lo que se lee y juzgar lo que merece ser leído, representan los tres peldaños de la escolaridad natural: conocimiento, inteligencia y sabiduría. Es la *jerarquía natural* hacia el conocimiento y sabiduría supremos, Dios.

Es patente que la *σχολή* se ha ido al traste. A qué niveles hemos bajado lo describía –involuntariamente– un artículo de los años ochenta del siglo pasado, y cito de memoria, pues no se me ocurrió guardarlo, en *The Economist*, antes del advenimiento de internet. Relataba el articulista que, en una reunión de ministros europeos de educación, el de Grecia alardeaba (!) de que en aquel momento (y miraba el reloj con orgullo) en *todas* las aulas de su país *todos* los alumnos tenían los libros de textos abiertos en la *misma* pá-

gina, aprendiendo lo *mismo* en sincronía cronométrica. Sin comentario. Corroborar el fracaso un canal YouTube italiano (enero 2019). Tratando de otros asuntos, afirmaba que un 70% de italianos no entienden lo que leen, y los apodaba de analfabetos. Ahora bien, analfabeto es quien no sabe leer, o escribir. El que no entiende lo que lee es incapaz de conectar la letra impresa con la realidad. En términos políticamente incorrectos, un cretino, si bien no culpable. En un artículo aparecido en *La Vanguardia* hace cuarenta años, Salvador Dalí (1904-1989) calificaba la televisión como «instrumento para la cretinización de las masas». Giovanni Papini (1881-1956) había dicho lo mismo de la escuela cuando Dalí tenía 10 años. A diferencia de Dalí, Papini detalla su acusación en puntos que merece la pena analizar.

### 3. ¿Cerrar las escuelas?

El artículo está fechado 1 de junio de 1914 (2), cuando la escuela italiana gozaba todavía de un prestigio merecido, Papini proponía *cerrarlas todas*, desde las guarderías infantiles hasta las universidades, con palabras de fuego:

«Hay almacenes de hombres malvados [...] ante los cuales no se pasa sin terror. Ahí están encerrados [asesinos, ladrones etc.]. No me apena pensar en ellos [...] es que [...] hay que defenderse de sus crímenes. Pero ¿qué os han hecho los muchachos, los adolescentes, los jóvenes, que desde los seis hasta los diez, quince, veinte, veinticuatro años encerráis tantas horas del día en vuestra blancas galeras para que sufran sus cuerpos y mutilen sus cerebros? Está bien que apodéis a los demás de delinquentes...pero estos son, también para vosotros, puros e inocentes como cuando salieron del útero de vuestras esposas e hijas. ¿Con qué pretextos traidores os atrevéis a coartar su placer y su libertad en la edad más bella de la vida y de dañar para siempre la frescura y salud de su inteligencia?».

A continuación se halla una lista de deficiencias del sistema escolar, que siguen en pie tras un siglo abundante. Vamos a corroborarlas, si es el caso, una por una.

---

(2) Disponible en la Red, en italiano: *Chiudiamo le scuole!*

a) La primera: una civilización no ha nunca salido de un sistema escolar. Los inventos históricos han sido siempre el resultado de investigaciones y pesquisas de individuos, no raramente tomados por locos.

Es verdad que una civilización no ha *salido* nunca de un sistema escolar. Es no obstante verdad que una civilización haya *impuesto* un sistema escolar por razones que podríamos llamar «de Estado». El ejemplo es poco conocido pero importante. El sistema escolar de la antigua India estaba diseñado para perpetuar la división en castas, sin permitir ni mezclas ni ascenso social. Pocos saben que los educadores alemanes de principios del siglo XIX se inspiraron en este sistema, que persiste hasta hoy con pequeñas modificaciones. Las *Hochschulen*, basadas en la educación clásica, se destinaron al 2-3% de alumnos con talento para el mando, político o social; las *Realschulen* preparaban los cuadros intermedios; y las *Volksschulen* eran para la chusma, cuya sola tarea era obedecer con un sentido muy alto del deber (*Pflicht*). De ahí el éxito alemán tanto en tiempo de paz como de guerra (3).

Por lo que atañe a los inventos basta el ejemplo del profesor Simon Newcomb (1835-1909), condecoradísimo científico que, en un artículo de 1903, demostraba –científicamente por supuesto– que el hombre nunca volaría con un artefacto más pesado que el aire. En diciembre *del mismo año* los hermanos Wright le desmintieron con su vuelo a Kitty Hawk, Carolina del Norte. Wilbur y Orville eran mecánicos de bicicletas, sin rastro de títulos académicos. Lo poco edificante fue el trato público a los Wright durante seis años. Se les marginó, maltrató, vilipendió, hasta que el francés Louis Blériot (1872-1936) cruzó volando el Canal de la Mancha en 1909, ganando el premio de mil libras otorgado por el *Daily Mail*. Sólo entonces el mundo se percató de los Wright. El resto es historia.

Particularmente divertido ha sido el éxito profesional –durante décadas– de un ingeniero italiano del que, tras veinte años de restaurar importantes monumentos públicos en Italia y en Francia, se descubrió que carecía de cualquier título. Lo divertido no es tanto el hecho, como los improprios e

---

(3) Para más detalles, véase John Taylor GATTO, *The Underground History of American Education*, Nueva York, Oxford Village Press, 2000.

insultos que le dispensó la prensa, acusándole de un completo desconocimiento, pero olvidándose de que las construcciones estaban, y siguen estando, en pie. En otras palabras, este señor había hecho lo que hicieron en su día Miguel Angel, Brunelleschi, Leonardo, etc., sin «certificados», «diplomas» y papeles por el estilo.

El modelo actual de «profesor» hablando a un alumnado de hasta cuarenta chicos (en África más de ochenta) es herencia de las escuelas catedralicias del siglo V, montadas para formar sacerdotes. Tenía entonces sentido hacerlo así, con principio y método unitario. Pero, al pasar al medio secular, el modelo se rompió. Cada maestro sabe que se enfrenta no con una, sino con cuatro audiencias: a) los que tienen talento e interés; b) los que tienen talento, pero no interés; c) los que tienen interés, pero no talento; y d) los que no tienen ni talento ni interés. Cuantitativamente, un 75% de lo que ocurre en las aulas es tiempo perdido.

b) La segunda: las escuelas entristecen el ánimo en vez de edificarlo, petrifican los saberes y ponen obstáculos a descubiertas importantes.

Supongo que Papini se refiriera a los estudiantes, pero la frase no excluye los profesores. En efecto, tras años de enfrentarse con audiencias parcialmente receptivas, ¿a qué profesor no se le entristecería el ánimo y petrificaría los saberes? Sin libertad para transmitir lo que le gusta y sabe, atado a un *curriculum* dictado por burócratas que no han nunca pisado la tarima de un aula, y que prepara para «un crudo sistema de exámenes» como lo apodaba Christopher Dawson (1889-1970) (4), ¿cómo esperar otra cosa?

El problema de fondo, sin embargo, es otro y más grave. Y es que los buenos maestros no se compran a un centavo la docena. Son raros, y dejan huellas profundas en los que han tenido la suerte de haber sido alumnos suyos. Un «sistema» como el napoleónico, que arrastramos desde hace doscientos años, no educa hombres, sino que entrena especialistas, y la especialización pertenece al mundo de los insectos, no de los seres humanos.

---

(4) Christopher DAWSON, *The crisis of western education*, Londres, Sheed and Ward, 1960.

Uno de los que lograron escapar de sus garras fue H. L. Mencken (1880-1956), periodista y autor americano un tanto iconoclasta, que así describe los años de su juventud:

«Cuando los respetables jovencitos burgueses de mi generación frecuentaban el primer año de universidad, oprimidos por simios del segundo año y ultrajados diariamente con estupideces por pedagogos armados de tiza, yo andaba suelto en un maléfico puerto marítimo de medio millón de vecinos, con un asiento en primera fila de cada espectáculo público, libre de noche y de día, recibiendo instrucción visual y acústica sobre temas arcanos ninguno de los que se enseñan en las escuelas» (5).

La falta de instrucción superior no impidió a Mencken ser el autor de *The American Language*, una obra de consulta que todavía se reimprime cien años después de su publicación en 1919.

Los maestros verdaderos tienen las manos atadas por la burocracia acerca de lo que pueden o no pueden enseñar: estamos en pleno auge de lo «políticamente correcto», que ocupa siempre más espacio en los *curricula* estatales. En palabras más sencillas, la escuela pública difunde como política deliberada mentiras de Estado; la «privada» hace lo mismo, por no tener libertad de elaborar sus propios planes de estudio. Es evidente que la «libertad de enseñanza» no se puede reducir a la gestión de un centro escolar.

c) La tercera: la escuela existe para que los padres se quiten a los niños de encima en un principio y para dirigirles luego hacia «posiciones» y «carreras» más bien ilusorias; para que profesores, inspectores, bedeles, asistentes, tutores, editores, libreros y papeleros vivan de ella; y para que el Estado obtenga los burócratas y soldados que necesita.

Esta imputación es muy seria, pero no es difícil probar su triste verdad. Valga un ejemplo poco conocido pero iluminador: Maria Montessori (1870-1952), fundadora de un «método» que sigue teniendo un éxito enorme desde principios del siglo XX. Feminista de primera hora, a los veintiocho años tuvo un hijo con un investigador colega de trabajo.

---

(5) Henry L. MENCKEN, *Newspaper Days*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co, 1942.

Este le pidió casarse, pero aceptarlo hubiera acabado con la carrera profesional, que para ella era lo más importante. Decidió por lo tanto confiar el niño a una familia de agricultores, mientras ella proseguía sus estudios. Volvió a ver al joven Mario tras dieciséis años, ya adulto, y le incorporó a sus andanzas por el mundo promoviendo su «sistema». Que consiste, si se quita el innecesario oropel, en poner en marcha jaulas de oro por todo el mundo. En ellas los niños juegan, lo pasan bien, aprenden algo, pero en realidad se les priva del ejercicio de la *observación*, la primera ventana sobre la realidad capaz de desarrollarse sólo en contacto directo con la naturaleza. En otras palabras, se les cortan las alas intelectuales, en muchos para siempre.

Papini llevaba gafas, muy probablemente por un percance escolar que sigue pasando inadvertido. Y es que la distancia óptima para el ojo humano, invariable, no sigue el crecimiento del cuerpo. Pero la uniformidad burocrática impone el mismo tamaño de banco a todos, así que los de estatura más pequeña, o más elevada, de la media tienen que esforzarse a mirar la letra impresa desde distancias inadecuadas, lo que termina por dañarle la vista.

En la secundaria, el contacto con los padres se debilita en vez de reforzarse. Hay chicos que vagamente saben en lo que trabaja su padre, y chicas que nunca ven a su madre en el ejercicio de la *haute cuisine* guisando platos exquisitos, o de la *haute couture*, cosiendo a máquina prendas de calidad de *boutique*. En una atmósfera así, ¿cómo pueden chicos y chicas ir a confiarse con sus padres cuando tienen problemas, no digamos ya trabar amistad con ellos? Es siempre más evidente que el «sistema» escolar no funciona, y que se necesita algo diferente. Lo veremos en la última parte de este ensayo.

d) La cuarta imputación de Papini es que en las escuelas no se aprende nada. Se aprende sólo leyendo los grandes libros y conversando con sabios, en razón de uno con uno.

No es que no se aprende *nada*. Aprenden, como hemos visto, los que tienen talento e interés. El reto, por lo tanto, consiste en dar a cada maestro un grupo de alumnos con ambos. Pero la segunda observación de Papini queda en

pie: se aprende de los grandes libros y del coloquio personal con gente sabia. Se puede vislumbrar aquí el aprendizaje, comunísimo en el pasado, pero obstaculizado por el Estado moderno con todos los medios en su poder.

¿Por qué? Obtuve la respuesta a esta aparentemente intrincada cuestión durante una reciente estancia en España. A un amigo le estaba remozando la cocina un albañil, que tuvo la suerte de conocer. Desde que lo contrató hasta que empezó a trabajar pasaron cinco meses: el hombre no buscaba trabajo, sino que el trabajo lo buscaba a él. Durante unos minutos de conversación no salía de mi asombro. El hombre no había pisado nunca la escuela, ni frecuentado un maestro albañil. Cuando era muchacho, se había juntado a un grupo de albañiles, y pregunta tras pregunta había aprendido el oficio. Pago, al contado y a la entrega. Un apretón de manos y al siguiente trabajo. Ni que decir tiene que la cocina remozada es una obra maestra de albañilería.

Me di cuenta de haber conocido a un hombre *libre*, de estos que el Estado moderno aborrece. Sus trabajos no dejan rastro documental. Supongo que la palabra «impuestos» carece de sentido para él, pero no le pregunté. Calculo que este hombre gana más que muchos catedráticos, y que trabajará hasta el final de sus días sin preocupaciones de paro, pensión, jubilación y cosas por el estilo.

La escuela moderna está hecha no para producir hombres libres, sino sujetos para *ser gobernados*. Lo que quiere decir, como apuntó Pierre Joseph Proudhon (1809-1865) en el (aparentemente) lejanísimo 1851:

«Ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, reglamentado, encasillado, adoctrinado, sermoneado, fiscalizado, estimado, apreciado, censurado, mandado, por seres que carecen de título, ciencia y virtud para ello... Ser gobernado significa, so pretexto de utilidad pública y en nombre del interés general; verse obligado a pagar contribuciones, ser inspeccionado, saqueado, explotado, monopolizado, depredado, presionado, embaucado, robado, luego a la menor queja, reprimido, multado, vilipendiado, vejado, acosado, maltratado, aporreado, desarmado, agarrotado, encarcelado, fusilado... ¡Eso es el gobierno, esa es su justicia, esa es su moral!».

Parece broma, hasta que se verifica la filípica de Proudhon en carne propia. Jérôme Laronze, ganadero francés de treinta y ocho años, había cometido el delito ¡gravísimo!, de no haber registrado el nacimiento de unos terneros con las autoridades. Al negarse a que los burócratas averiguaran el DNA de sus vítulos, la «ley» le prohibió vender o enviar al matadero el excedente de ganado. Los ingresos bajaron a cero, y la finca no producía bastante para dar a comer al rebaño en crecimiento. Algunos animales murieron de hambre, otros en un estampido causado por la irrupción de un contingente de burócratas. Otras «autoridades» le multaron con cinco mil euros por «maltrato a animales». Cuando un grupo de mirmidones de Estado llegó sin preaviso para confiscarle el ganado, Laronze, enfurecido, huyó. Tras nueve días la policía le sorprendió durmiendo en su coche en el margen de una senda forestal. Jérôme arrancó al oírlos, pero le alcanzaron tres balas de las seis que le disparó un agente, una en el costado y dos en la espalda. Tras media hora, los primeros auxilios no pudieron sino certificar la muerte. Era el 20 de mayo de 2017. Proudhon tenía razón.

Profundicemos. Un productor de riqueza ganadera pierde su hacienda y su vida a manos de una jauría de parásitos de Estado, autorizados por «leyes» positivas aprendidas... en la escuela. Donde también se aprende que la «soberanía» pertenece al pueblo, que elige el parlamento, que elige el gobierno, que practica el positivismo jurídico que permite a unos que cobran sin trabajar, hacer lo de Proudhon a otros que trabajan sin cobrar. La escuela existe para que el tan cacareado «pueblo soberano» no se percate de esto, pero lo avale con su voto, así haciéndose responsable, lo sepa o no, del trágico fin de Jérôme Laronze.

e) Pero volvamos a Papini. Su penúltima reflexión es que la escuela ofrece una enseñanza manipuladora y desecadora, con programas rígidos y sin alma; y la última, que engaña, haciendo creer que toda la sabiduría del mundo se encuentra en el papel impreso, así como entorpeciendo igualmente a maestros y alumnos.

En una palabra, la escuela aburre, como toda actividad que estimula los sentidos sin involucrar el intelecto en la

gran tarea de conocer y ordenar saberes. Así desencadena un círculo vicioso: tras un día de ser ultrajado con sandeces por maestros tan aburridos como él, el chico busca alivio en la televisión, videojuegos, películas, pornografía, etc. durante horas, días, fines de semana. Lo que encuentra no es alivio, sino más sandeces, que obnubilan la mente, debilitan la voluntad y pervierten los sentimientos. De ahí el refugio definitivo: la droga, la válvula de escape no del aburrimiento, sino de la vida misma, primero desperdiciada y luego desgarrada en una muerte prematura.

La solución no es, como aconsejara Papini, cerrar las escuelas, jubilar a todo el personal y hacer caso omiso de la bancarrota de librerías, papelerías, etc. La violencia no ha nunca sido un remedio natural. Si todo el desorden se debe a un error de principio y otro de método, sólo un principio y un método ambos *naturales* pueden poner orden. Vamos a buscarlos.

#### 4. Principios contradictorios: *égalité* v. *adaequatio*

Que no hay hombres iguales se sabe desde siempre. Aristóteles lo afirma rotundamente en su *Política*; Cicerón dividía los hombres en cuatro grupos: los cabales, que se dejan guiar por la razón; los ordinarios, por la experiencia; los necios, por la necesidad; y los brutos por el instinto. El poeta Rutilio Namaciano alaba Roma como «patria de gentes diversas». Diversidad y unidad son complementarias; igualdad y unidad, enemigas.

Esto lo corrobora hasta la naturaleza inorgánica. No hace mucho el Emirato de Dubai, en el Medio Oriente, construyó unas islas de arena en forma de palmera. Pero ocurrió que la arena de Dubai está formada por granitos todos esféricos, por lo tanto iguales, que no se dejan aglutinar por ningún cemento. Dubai tuvo que importar arena ¡de Australia!

El principio artificial que gobierna la escolaridad actual es la *égalité* revolucionaria. Es el mismo principio que dio al traste con las diversidades culturales y territoriales, con los gremios, con los variados sistemas de gobierno, ahora con la familia y por supuesto con las diversidades naturales de los alumnos.

Téngase en cuenta que antes de la reforma napoleónica, el sistema escolar gestionado por una gran variedad de órdenes y congregaciones religiosas era heredero del sistema clerical descrito arriba. Claramente, el principio (revolucionario) de *égalité* que lleva a enseñar a todos lo mismo con el único método de un maestro sabe-todo a una multitud de discípulos supuestamente ignorantes, no ha nunca funcionado, ni hay razones para ilusionarse de que un día funcionará. El principio educativo natural, conocido desde la antigüedad, forma el segundo pilar de la filosofía clásica: adecuación del sujeto conocedor con el objeto que conocer. Por medio de ella el objeto llega a formar parte del sujeto, para nunca separarse de él.

Un sinnúmero de ejemplos históricos corrobora esta gran verdad. Es conocidísima la anécdota del joven Mozart, que a los catorce años reprodujo la partitura del *Miserere* de Allegri tras una sola audición. Como todo genio musical, el muchacho gozaba del don del tono perfecto, por debajo del cual el talento musical desciende inexorablemente hacia la sordera tonal. Hay intelectuales exitosos en otros campos, pero para quienes una sinfonía no es sino un batiburrillo de ruidos sin sentido.

Lo mismo ocurre con cualquier saber, habilidad, apreciación, etc., sea cual sea el tiempo o el lugar considerado. De ahí por qué los maestros de la antigüedad no *divulgaban* sus conocimientos ante cualquiera. Su lenguaje lleno de acertijos más bien provocaba preguntas que daba respuestas. El que hacía la pregunta acertada recibía la respuesta correspondiente; a los demás se les dejaba en su ignorancia.

Esta actitud –la sacralidad del saber– se mantuvo hasta la modernidad, que en deferencia al principio de *égalité*, ha puesto de moda la vulgarización.

## 5. Método: enseñanza colectiva *versus* aprendizaje

El método actual de enseñanza se funda sobre un miedo artificial hacia los exámenes y un consiguiente aprecio indebido hacia diplomas más o menos variopintos. Un tal sistema, que descansa esencialmente sobre el fraude, no puede

sino facilitar su fagocitación por el Estado soberano (en el sentido de 1648), donde «soberano» quiere decir absolutamente intolerante de toda rivalidad, descrito por Joaquín Costa (1846-1911) como «sola personalidad, inmensa, gigantesca, avasalladora, pancósmica, que violando las leyes naturales de la sociedad, monopoliza la legislación por el solo privilegio de la fuerza» (6).

La tarea de llegar a una enseñanza verdadera y por lo tanto libre, sin el lastre estatal por encima, parece una utopía sobrehumana. Con todo, vamos a intentar por lo menos describirla.

## 6. La escuela natural

¿Cómo funciona un centro de enseñanza hoy? Los padres pagan a la administración del centro, ésta paga a los maestros y éstos dan clases según los dictámenes de los burócratas del Ministerio. Si el centro es público, los padres pagan una vez; si es privado, dos veces, como es bien sabido. Por encima, todos pagan impuestos para mantener un Ministerio con su masa de burócratas. Esto ocurre durante toda una vida de trabajo, sea que tengan hijos en edad escolar o no.

La naturaleza requeriría invertir este (des)orden. O sea, los padres pagan a los maestros, éstos alquilan de la administración las instalaciones que necesitan (aula, taller, laboratorio, biblioteca, o lo que sea) para impartir sus saberes. La administración provee los medios, sin amoldarse a lo que dicta la burocracia y por lo tanto quedando al margen de todo control. Cada maestro, de una asignatura u oficio cualquiera, tras averiguar el talento e interés de sus alumnos, convendría directamente con los padres el tiempo y el honorario. Cuando el maestro esté satisfecho con el nivel adquirido por un alumno, firma un certificado bajo su personal responsabilidad, así construyéndose una reputación prácticamente inmortal.

Piénsese en otras ventajas de un «no-sistema» tal. Cada alumno, o alumna, escogería el maestro/maestra capaz de

---

(6) Citado por Juan VALLET DE GOYTISOLO, «Esencia y principios del derecho civil foral», *Verbo* (Madrid), núm. 561-562 (2018), pág. 104.

desarrollar sus talentos naturales, sin tener que mezclarlos con otros que lo impedirían. ¿Cuántas asignaturas, habilidades, etc.? Todas y sólo las que uno quiera, de acuerdo con los padres. ¿A qué edad? A aquella en que se despiertan los talentos, que es normalmente independiente de los años físicos. ¿Durante cuánto tiempo? Años para un idioma, clásico o no; meses para una asignatura técnica, habilidad u oficio manual; semanas para programas de ordenador, etc. La afición para la literatura no requiere «clases», sino conversaciones con un apasionado que ha leído un buen libro y que goza hablar de ello.

Aquí hay que juzgar si no estoy promoviendo el trabajo juvenil, el gran espantapájaros de la masonería, que ha logrado demonizarlo durante el último par de siglos. Ahora bien, sí. Lo he promovido y siempre lo haré. Nada hace madurar a un niño como el trabajo. Quien ha leído la biografía de San Juan Bosco sabe que su madre le confió el primer trabajo a los cuatro años, y que antes de ir al seminario era un experto sastre, encuadernador, carpintero, atleta y hasta malabarista. En la tradición cristiana, el trabajo manual gozó del favor hasta de los reyes, siendo sin duda el más cumplido el Zar Pedro el Grande (1672-1725), que aprendió personalmente catorce oficios, incluso el de astillero. Los ejemplos aportados arriba, amén de la perorata de Papini, apuntan al trabajo como parte integrante, no como alternativa de la instrucción escolar. Es lo que se propone aquí.

La coeducación sería natural, no forzada. No es óbice para que haya chicas verdaderamente interesadas en cosas, o chicos atraídos por las artes culinarias, o la labor de aguja, o chicos y chicas que tengan talento e interés por las humanidades, etc.

## 7. Libertad (y no sólo de enseñanza)

Se puede desprender, de lo dicho, que una escuela natural proveería *verdad* a todos los niveles, y por lo tanto *libertad*: no sólo de enseñanza, sino también de aprendizaje, de gozo en aprender, de cargar con deberes, de movimiento para los cultores de ciencias naturales; y un largo etcétera.

Pero téngase en cuenta que la libertad tiene enemigos, empezando por los que han logrado imponer el oxímoron de la escuela «obligatoria y gratuita» que cuesta en impuestos muchas veces más de lo que ahorra en tasas de matrícula. La libertad hay que conquistarla, no pordiosearla. No es este el lugar para pormenorizar tácticas: habrá tantas como amantes de este don que gime bajo una opresión de siglos en aras del poder bruto.